BIBLIOGRAFIA

J. P. MOHEN y Ch. ELUERE (Coords.), 1991: *Découvert du Métal.* Amis du Musée des Antiquités nationales. Millenaires. dossier 2., Picard Editeur, París, 448 pp. ISBN: 2-7084-0404-1.

En enero de 1989, organizado por el Musée des Antiquités Nationales y bajo la coordinación de Eluere y Mohen, se celebró el Coloquio Internacional «Découvert du Metal». El mismo se habría de planificar con motivo de la exposición de los más antiguos tesoros búlgaros, Varna como paradigma, y sus resultados, sin duda ninguna están llamados a constituir un señalado hito entre los estudios del Calcolítico continental. En concreto, los diversos trabajos se estructuran en cuatro grandes bloques de la manera que sigue: Varna y el Calcolítico búlgaro, Europa Central, el oeste y suroeste de Europa en tercer término y el Mediterráneo Oriental y el Próximo Oriente, por último.

Resultan a todas luces obvias las razones que han motivado la inclusión del primer apartado temático, cuyo desarrollo se concreta en una presentación de la necrópolis de Varna a cargo de Ivanov, su excavador, seguido de otros trabajos cuyo contenido marcarán la pauta desarrollada a lo largo de toda la obra. Por un lado, estudios de naturaleza técnica — mineros o metalúrgicos— centrándose los segundos en el relato de las más precoces evidencias metálicas de determinadas regiones, en ocasiones adobadas con algún comentario de orden social. La aportación de Eluere y Raub se ciñe al estudio de una de las más emblemáticas piezas de aquel tesoro «le grand plat», abordado desde una descripción de su forma y decoración previas al relato, el auténtico contenido del trabajo, de los métodos analíticos de laboratorio a que la pieza fuera sometida: espectral semicuantitativo, microfluorescencia y activación neutrónica. Se llega así a una reconstrucción bastante fidedigna de los procesos ténicos que condujeran a su fábrica, a la vez que, ahora desde un punto de vista meramente didáctico, nos ilustra acerca de las grandes posibilidades de la acción combinada de tales métodos, como de la idoneidad de otros de reciente experimentación, la microfluorescencia, desarrollado por el Prof. Töld de Dormunt, y adecuado para tratar muestras metálicas de pequeño porte.

En un original estudio, uno de los pocos que no se ajusta a los contenidos generales arriba relatados, y partiendo del astrágalo aúreo de Varna, el Dr. Poplin efectúa una aproximación de tipo simbólico de tales elementos en las sociedades primitivas. Liason astrágalo/pies ahorquillados de los ruminante, correlación entre cuernos y pies... constituyen algunos de sus planteamientos, quizá desconcertantes como él mismo reconoce, y cuyo significado en último término va más allá del carácter de riqueza material, transcendiendo al plano de «riqueza de ideas», «lucidez de razonamientos»... Un trabajo no exento de interés que contrasta con la intranscedencia, un auténtico relleno, del presentado por Avramova, no más que una mera enumeración de ciertas joyas calcolíticas del distrito de Varna, de las que ni siquiera ofrece la elemental documentación gráfica.

El bloque del Calcolítico búlgaro se cierra con un trabajo de la Dra. Stos y sus colaboradores en el que se determina la procedencia —los celebérrimos veneros de Ai Bunar— de los cobres utilizados por las gentes calcolíticas de la región de Stara Zagora. A tal consideración llegan mediante análisis de isótopos de plomo, puesto en práctica, como es sabido, por Branigan (Lead isotopes and the Bronze Age metal trade, Nature, 296, 1982) y que pese a las críticas —el éxito pasa por un exhaustivo conocimiento de la mineralización de la zona—, se revela como un mecanismo eficaz para conocer el origen del mineral utilizado para la consecución de piezas metálicas. En el estudio, a manera de introducción, se relacionan los documentos metálicos más antiguos de los Balcanes y Próximo Oriente, presentándose en último extremo numerosas tablas de análisis, las evidencias de la experimentación.

Con la presentación de un elenco de los más antiguos cobre y oro rumanos, ya neolíticos, a cargo de E. Cosma, se inicia el segundo conjunto temático de las actas, como reseñamos, referido a Centroeuropa. En una reunión de esta naturaleza, y por méritos propios, en modo alguno podía faltar la presencia de Jovanovich quien, de nuevo, reitera la cuestión de la metalurgia del cobre en los Balcanes y particularmente de la tan conocida minería de Rudna Glava. Sin que se aporte novedad alguna digna de mención, es de agradecer en todo caso el resumen que nos ofrece de sus numerosos trabajos previos acerca del tema, aunque, desde luego, muy poco afortunado está al paralelizar los inicios del proceso metalúrgico balcánico, tan bien documentado, con el que Blanco y Rothenberg plantean para el suroeste de la Península Ibérica, articulado con datos más discutibles.

Las conexiones con Tiszapolgar y Brodrokeresztur, influidas a su vez por la expansión metalúrgica balcánica, habrían determinado, como propugna Nosek, la irrupción de la metalurgia en Polonia hacia la mitad del cuarto milenio, coincidiendo, pues, con el neolítico de Lengyel. Siempre con la inevitable referencia de Varna, y sin que tampoco sea merecedor de otras consideraciones, dejamos constancia tan solo de un brevísimo texto de Makkay a propósito de la más precoz joyería en el centro y este europeos; trabajos ambos con los que se inicia el estudio de Europa del Este.

Desde que en los años 20 los arqueólogos soviéticos descubrieran las primeras «tumbas de metalurgistas», son hoy numerosos, entre el suroeste de la CEI y quizá el oeste de Francia, los hallazgos de esta naturaleza. El análisis de estas interesantes sepulturas corrió a cargo de Mohen, planteado en una triple dirección: su cronología —Calcolítica—, su dispersión —valorando sobre todo el porqué de algunos vacíos geográficos— y, en tercer término, un acercamiento al significado social de las mismas. Inevitablemente, casi todas las comunicaciones se inician con un comentario acerca de la transcendencia histórica de la aparición de los metales, un aspecto al que tampoco se va a sustraer Ch. Strahm, encargado de revisar la primera metalurgia en el occidente de Centroeuropa, Suiza esencialmente. En un interesante trabajo pese a su brevedad, el autor, desde una perspectiva diacrónica, efectúa un breve recorrido desde los primeros cobres de la zona, importados seguramente desde el SE. de Europa —el disco Neolítico de Honrstadd, de 3900 B. C.—, hasta la fase de expansión, coincidiendo con el Bronce Antiguo regional. Faschnat, por su parte, contando tan solo con algunos crisoles del Neolítico Reciente —Cultura de Pfyn— de la zona de Zurich, afirma la imposibilidad de concretar la procedencia del primer cobre en la helvetia oriental.

Las dos últimas aportaciones al bloque centroeuropeo, ambas de tipo técnico, corren a cargo de D. y M. Liversage la primera, mientras que Wald encabeza el grupo de cuatro autores responsable de la segunda. Se encaminan aquellos a matizar algunos resultados del conocido proyecto S.A.M., dirigido por Junghans, Sangmeister y Schröder, en tanto que los últimos, mediante un análisis experimental de simulación numérica, desvelan cuestiones paleometalúrgicas de tanta transcendencia como es el conocer la temperatura de colado de una pieza o incluso la materia del molde donde se fraguara. Un método, en fin, que abre grandes expectativas de cara a reconstruir los procesos de fundición antiguos.

En la más tradicional línea de los estudios de la Edad del Bronce galos, la tipología, el Dr. Briard procede a enumerar los más antiguos cobres —hachas planas, puñales, palmelas...— del oeste de Francia, describiendo a renglón seguido el proceso de implantanción de estos primeros metales en la zona. A no ser una actualización del inventario de tales piezas, ninguna novedad supone la presentación de este trabajo, del que no deja de sorprendernos una vez más la absoluta ignorancia del autor ¿deliberada? o ¿por simple cuestión idiomática? al prescindir de cualquier referencia bibliográfica hispana ante temas tan reiteradamente tratados aquí, caso de las puntas de tipo Palmela. De la mano de Craddock se formaliza el segundo de los apartados referidos a Europa Occidental donde, con un planteamiento de síntesis, se revisa la ya bastante bien conocida minería de cobre británica: minas, métodos y herramientas de extracción. Debate seguidamente el tan controvertido tema de la relación mineral/metal abordado desde el análisis de isótopos de plomo, para finalizar con una reconstrucción del proceso de colado de cobres británicos de la Edad del Bronce, original respecto a otros focos metalúrgicos europeos. También a partir de la consideración de algunas piezas británicas el eminente Tylecote aborda el tema de los primeros aleados de base cobre, desvelando hasta qué punto responden a impurezas asociadas al mineral o si, por el contrario, son resultado de adiciones intencionadas.

Con el título «Limousin, premier metal» (D. Vuaillat) arranca un bloque cinco comunicaciones, referidas todas ellas al territorio francés. Sin el más mínimo interés la primera —una aséptico elenco de materiales desprovisto de cualquier tipo de valoración—, mucho más atractiva resulta la que presentan Ch. y G. Servelle, resumiendo las propuestas de trabajo contempladas en el proyecto de investigación que, centrado en el Suroeste francés, dirigen. En su opinión, la zona reuniría condiciones óptimas para analizar el tránsito entre la Edad de la Piedra y el Primer Metal: existen recursos cupríferos suficientes y una contrastada tradición minera que, junto con algunos hallazgos arqueológicos, avalan la hipótesis de una metalurgia autóctona. Son conscientes, pese a todo, de la dificultad de demostrar la realidad de la explotación en tiempos prehistóricos, cautela que igualmente asume Pajot en el estudio que en dicho sentido realiza en la zona de las Causses de Quercy. Ambert y Barge-Mahieu se encargan de presentar el importantísimo complejo minero, cuprífero, de Cabrières (Languedoc), llamado a constituir una excelente referencia para el estudio de la minería antigua; mientras que en este mismo ámbito geográfico, la excavación del yacimiento de Roquemengarde sirve a Guilaine para suponer que ya en el seno de grupos tardoneolíticos de la zona emerge una metalurgia muy precoz.

El interés que en los últimos años la cuestión Calcolítica ha suscitado entre los investigadores ibéricos, se halla plasmado aquí mediante sendos trabajos referidos a los emblemáticos Sureste y Suroeste, amén de un tercero, el de la Dra. Perea, en el que considera la aparición de la orfebrería en la mitad meridional peninsular. Se determinan en este último, las diferencias formales entre los oros pre y campaniformes, funcionales los primeros y ornamentales, sobre todo, los últimos; desde el análisis tecnológico —ecuación entre la superficie total de la pieza y su peso— identifica la autora tres grupos de joyas, y valora, en tercer lugar, la función social y económica que la orfebrería desempeñara entre las sociedades prehistóricas. Un trabajo, en fin, de indiscutible atractivo, como asimismo lo posee el presentado por los responsables del proyecto del Bajo Almanzora (Delibes *et alii*, Desarrollo cultural y aprovechamiento de recursos durante la Edad del Cobre en la cuenca baja del río Almanzora (Almería)).

La localización en Almizaraque (Almería), dentro de un mismo nivel arqueológico, de mineral cuprífero, goterones de fundición y artefactos metálicos elaborados, junto con exhaustivo conocimiento del minerío local, constituye la base analítica de esta comunicación. Se evalúa en la misma el proceso de modificaciones cualitativas y cuantitativas que sufre el mineral hasta su transformación en metal (a partir, sobre todo, de métodos experimentales

desarrollados por Tylecote); se trata a continuación el tema de los cobres con arsénico —nunca la consecuencia de una mezcla intencionada, en este caso—, finalizando con un avance de las pesquisas mineras en las serranías pertenecientes al área de actuación del proyecto: La Almagrera y Las Herrerías. Rodríguez Casal, por último, plantea la cuestión del origen del metal en relación con las gentes megalíticas de la mitad sur de Portugal defendiendo, una vez superada la antigua posición «colonialista», que la aparición de los primeros cobres se produjo con anterioridad al arraigo de los tholoi.

Tras las aportaciones hasta aquí reseñadas, de carácter técnico la mayor parte, y casi siempre con una notable carga de documentación, se entiende que el trabajo de Séfériadés: «Piedra tallada y Metalurgia», proporcione un efecto auténticamente relajante en el transcurso de la presente lectura. El autor plantea la pugna por sobrevivir de los tallistas líticos ante la competencia que habría supuesto la aparición de la metalurgia, en un momento en que Europa conoce grandes cambios y a los que, en un principio, el metal debió contribuir bien poco. El tan debatido tema de los cobres y bronces arsenicados centra la atención del estudio de Zwicker, quien, tras resaltar las características que el As proporciona a las aleaciones de base Cu, relata los modos —¿impurezas en el mineral o adicción deliberada?— en que aquel metal pudo comparecer en la composición de ciertas piezas. Insiste en las ventajas técnicas que su presencia confiere a las fundiciones, y aventura, por último, las causas de su difícil identificación, entre ellas una segura pérdida en los procesos de corrosión metálica. A partir de aquí se inicia el último bloque de las actas, referido ahora al Mediterráneo Oriental y Próximo Oriente.

Señaladas más arriba las posibilidades de los análisis de isótopos de plomo para determinar la relación mineral/metal elaborado, Stos, Macdonald y Gale (el grupo europeo más puntero en este tipo de tratamientos) presentan un ejemplo de la aplicación del método sobre piezas Tardocalcolíticas y del Bronce Antiguo chipriota, con unos resultados que, sencillamente, podemos tildar de espectaculares. Se llega así a determinar la procedencia exótica, anatólica, del mineral con que fundieran algunas piezas calcolíticas, hasta que desde el Bronce Antiguo II, el Cu local adquiera un protagonismo exclusivo; unos datos que, evidentemente, transcienden la mera dimensión técnica, abriendo las puertas para plantear otras cuestiones, de tipo comercial por ejemplo, no contempladas en el presente trabajo. El mismo territorio chipriota es también objeto de atención por parte de Mulhy, centrándose ahora en una revisión de los inicios de la Edad de los Metales. Dos acontecimientos: la existencia de algunos Proyectos de Investigación —el de Lemba, dirigido por Plentenburg, o el que Tood lleva a cabo en el Valle de Vasilikos— por un lado, y las cada vez más numerosas dataciones radiocarbónicas, por otro, progresivamente permitirían matizar la secuencia cultural del Neolítico y Calcolítico isleños.

Tan sólo mediante unos breves apuntes, se incluye en este último apartado una referencia a la emblemática estación turca de Cayönü Tepesi. Maddin, Stech y el propio Mulhy describen los procesos de laboratorio a que sometieran los recientes descubrimientos metálicos (Proyecto de las Universidades de Estambul y Chicago), absorción atómica y subsiguiente tratamiento estadístico, a partir de los que llegan a determinar como el cobre empleado se extrajo de las vecinas minas de Ergani, a 15 km. de Cayönü. Mediante análisis metalográficos realizan asimismo algunas consideraciones relativas al proceso de manufacturado.

El protagonismo casi exclusivo que minerales y metales de base cobre vienen desempeñando de las diversas comunicaciones, se interrumpe con una segunda aportación, tras aquella de A. Perea, referida al oro; concretamente la presentada por Chernykh para el área circumpóntica. De forma diacrónica, y con un carácter eminentemente descriptivo, el autor relata los hallazgos áureos de la zona entre el Calcolítico y Edad del Bronce, en un planteamiento bien diferente al ofrecido por Demortier —análisis de soldaduras mediante la técnica PIXE (Proton-induced-X-ray emisio)— para el estudio de algunas joyas iraníes. Su finalidad

se concreta en la reconstrucción de las operaciones efectuadas por los artesanos para crear joyas compuestas de elementos múltiples.

Con los trabajos de Hauptmann referido al área jordana de Feinan; el de Shalev, concretado en las industrias cupríferas del Calcolítico israelí y un tercero, de Rieder, en el que se examinan algunas cabezas broncíneas de esculturas mesopotámicas, se finalizan las actas de esta interesante reunión. Se rastrean en el primero los más antiguos vestigios del uso del cobre —en el octavo y séptimo milenio y con un propósito cosmético— y la ulterior aparición de la metalurgia, coincidiendo con su arraigo en Cayönü, en un esquema en el que se presentan tablas analíticas de minerales y artefactos cupríferos como base para determinar procedencia de minerales y posibles interrelaciones de tipo comercial. Se distinguen en el segundo los dos tipos particulares de metalurgia de cobre: objetos instrumentales, fabricados con cobres virtualmente puros, frente a productos de prestigio o culto, con adición de arsénico, mientras que, desde un planteamiento exclusivamente técnico —composición metálica, análisis de pátinas, técnicas de colado...—, Rieder caracterizará como falsos modernos tres piezas de bronce fundidas supuestamente en el segundo milenio a. C.

Hasta aquí una sucinta descripción de las aportaciones que integran las Actas, de las que, en primer término, merece la pena destacar la oportunidad de su aparición. Con ellas, se perpetúa un tipo de estudios de moderna implantación, minero-metalúrgicos, cuyos antecedentes próximos podrían representar en buena medida el Simposio de Madrid del año 1985 (Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones Mediterráneas y Europeas, Madrid, 1989) o el más moderno de Heidelberg, de 1987 (Archäometallurgie der Alten Welt, Bochum, 1989), a la vez que, con ellas, se pone de manifiesto el creciente interés que suscita este campo de la investigación prehistórica en todo el continente europeo. Asimismo, y aunque lejos de ofrecer una visión de conjunto del Calcolítico en el Viejo Mundo, quizá nunca pretendida, la publicación se erige en un sugestivo libro de consulta para abordar la actualidad de la etapa en las diversas áreas continentales y ello pese a la existencia de carencias ostensibles.

No hemos de ignorar así que brillan por su ausencia los trabajos referidos a buen número de territorios, caso de la Península italiana, los Países Bajos, Grecia Continental..., de igual manera que no es menos cierto que las comunicaciones ofrecen una consideración muy desigual, tanto en los temas tratados, cuanto en el alcance científico de sus contenidos. En el primero de los sentidos, y quizá al amparo de un título excesivamente genérico «El descubrimiento del metal», se ha propiciado la inclusión de temas tan dispares como puedan ser el significado de los astrágalos y las pátinas de bronces mesopotámicos; si bien, afortunadamente, el predominio de trabajos arqueometalúrgicos permite mitigar la sensación de batiburrillo en aras de una cierta homogeneidad. A su vez, y en cuanto foro más adecuado para dar a conocer novedades, se entiende el interés generalizado que suscita la participación en este tipo de reuniones, y más en este caso en que se aseguraba la presencia de reputadísimos investigadores, caso de Tylecote, Mulhy, Chernykh, etc. Inevitablemente, ello ha ocasionado que frente a aportaciones de auténtica enjundia, las de Eluere y Raab, o el grupo de Zofia Stos, por ejemplo, aparezcan otras, —la citada de Abramova o la de Vauillat— que difícilmente resistirían un proceso de selección para ser consideradas en las presentes Actas. El interés, no obstante, del conjunto de la obra, queda fuera de toda duda toda vez que superando las más tradicionales concepciones, en las que la seriación y cronología desempeñaran un papel fundamental, se barajan ahora datos empíricos firmes que, amén de desvelar progresivamente los secretos de la más antigua tecnología minero-metalúrgica del cobre, abren la posiblidad de abordar con garantía cuestiones tales como la aparición de las primeras fundiciones en las diversas áreas europeas. Las investigaciones del equipo de Stos en este sentido resultan harto elocuentes.

En fin, sin que deba minimizarse la importancia de los inconvenientes reseñados, en modo alguno puede negarse la existencia de estudios novedosos, algunas de las cuales ofre-

cen el atractivo añadido de plantear sugerentes esquemas de trabajo, bien para su aplicación en otros territorios, sea para el análisis concreto de determinadas piezas. Insistimos con ello en la proyección didáctica de ciertas comunicaciones, especialmente de aquellas fruto del desarrollo de proyectos de investigación de entidad —el almeriense de Almanzora o los practicados en el entorno Egeo— que, en lógica consecuencia, ofrecen los resultados más fructíferos. Nada más, por último, que congratularnos de la presencia de los autores españoles en una reunión de esta naturaleza, la más nutrida tras la del país anfitrión, en lo que sin duda constituye una de las vías más adecuadas para superar el inexplicable desconocimiento que aún hoy padece la investigación peninsular en el concierto de la Prehistoria europea.—Julio FERNANDEZ MANZANO

J. M. BLAZQUEZ: *Religiones en la España Antigua*, ed. Cátedra, Madrid 1991, 445 pp. + dibujos.

No es la primera vez que J. M. Blázquez aborda el tema de las religiones primitivas, sobre el que ha publicado varios libros como *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania*, Madrid 1975, *Imagen y Mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid 1977, y *Primitivas religiones ibéricas. II. Religiones prerromanas*, Madrid 1983, así como gran número de artículos en los que se recogen las nuevas aportaciones a la religiosidad primitiva hispana y se actualizan los datos conocidos hasta el momento.

El volumen ahora publicado por la editorial Cátedra es una recopilación de varios trabajos monográficos, algunos en colaboración con M. P. García Gelabert, dados a conocer en diferentes revistas en fechas muy recientes, ya que a excepción de uno que fue publicado en 1959, el resto pertenece a los años 80 y 90, habiéndose actualizado la bibliografía en todos ellos. Se da el caso de que algunos incluso se encuentran actualmente en prensa y uno, *Urbanismo y religión en Cádiz*, es inédito. Su selección se ha basado en el hecho de ser trabajos de difícil consulta, por haber sido publicados en el extranjero o formar parte de Homenajes a los que no siempre es fácil tener acceso.

En total se recogen veinte trabajos distribuidos en cuatro capítulos: I. *Dioses y rituales*, epígrafe que reúne diez artículos, el primero publicado en 1959; II. *Necrópolis, rituales y creencias funerarias*, integrado por cuatro trabajos; otros cuatro se agrupan en el capítulo III bajo el título de *Religión y urbanismo;* mientras que sólo dos conforman el IV. *Cristianismo.*

La mitad de los trabajos recogidos en este libro se integran en el Capítulo I, estando dedicados cuatro de ellos a los nuevos teónimos hispanos, labor que J. M. Blázquez viene abordando desde hace años. Y es que realmente el crecimiento continuo de su número, que ya ha superado al de los dioses galos, hace necesaria una constante puesta al día. De los seis restantes, dos se refieren al sincretismo entre la religiosidad de los hispanos y la de otros pueblos con los que mantuvieron relaciones, como son los fenicios, griegos y romanos, así como la asimilación con las religiones mistéricas. Este fenómeno del sincretismo es muy típico de la religiosidad antigua e Hispania no constituyó una excepción. Uno de los estudios está dedicado a los santuarios ibéricos de la provincia de Jaén, cuya importancia radica en ser los más antiguos y porque inician un gran cambio en la religiosidad hispana del segundo Milenio y de fines de la Edad del Bronce. Otro trata de la magia y la religión, dos conceptos que son inseparables en la mentalidad antigua como muy bien indica el autor.

De gran interés es el artículo dedicado a la destrucción de la escultura ibérica, que J. M. Blázquez y M. P. García-Gelabert atribuyen a las continuas *razzias* y luchas intestinas entre los pueblos. Finalmente uno de los trabajos incide en la importancia de la presencia